

A pesar de que el proceso democrático va avanzando y consolidándose, acometiendo de lleno problemas tan complejos como el de las autonomías de las nacionalidades, la sensación de inestabilidad e inseguridad no disminuye, sino que aumenta. No hay ninguna clase o capa social en el país, ni siquiera las que dominan económicamente y controlan firmemente el cambio político, que tenga confianza en el presente, y mucho menos en el futuro; la incertidumbre y la inquietud son factores prioritarios a la hora de describir el estado de ánimo de nuestra sociedad.

El mes que acaba de comenzar es bastante sintomático al respecto. Si nos referimos a los que tienen la sartén económico-política por el mango, es bien evidente que ni el Plan Económico gubernamental, por las enormes resistencias y movilizaciones que suscita, ni el desenlace del Congreso Extraordinario de los socialistas, por el indudable deterioro de imagen de marca que ha sufrido el PSOE de cara al electorado popular, levantan los entusiasmos que hubiese levantado a finales de la primavera o comienzos del verano. La respuesta de clase que el sindicalismo democrático está empezando a dar, y sobre todo la que va a dar en el próximo mes de noviembre, resucita la añoranza y nostalgia del sindicalismo vertical.

Ni qué decir tiene que los trabajadores y la pequeña burguesía carecen hasta del consuelo de una buena noticia. La crisis socioeconómica, con sus dramáticas secuelas del paro y la inflación, apenas permiten saborear el mínimo deleite de las libertades de un sistema democrático. Poco a poco, el Parlamento o el municipio, en suma la actividad política, empieza a aparecer como algo lejano y propio de los políticos profesionales, que hacen de ella su negocio privado (a veces, en el peor sentido del término). Un Congreso de Diputados, donde, con excepción de algunas minorías,

antiguos alevines de la derecha juegan a la política como en sus años mozos en las cámaras sindicales universitarias, o unos municipios, en los que es prácticamente imposible hacer nada, tampoco levantan el entusiasmo que suscitaba hace tres años o hace poco más de un semestre.

Índice elocuente de esta global insatisfacción es el crecimiento de la reducida

base social del fascismo. Las bizantinas polémicas sobre el caballo de Pavia, en el que cada contendiente encierra un propósito político bien definido, o las divagaciones sobre el golpe de Estado indican que los sectores involutivos, lógicamente, intentan beneficiarse de este clima general. Bien protegidos por una amplia plataforma periodística —en muy poco tiempo, la extrema derecha ha

duplicado sus medios de comunicación, a la vez que la izquierda sigue sin contar con ningún órgano de expresión, excepción hecha de la prensa de partido—, exacerbaban este desencanto y desilusión colectiva hacia formas más o menos abiertas de regresión política hacia la dictadura incluso con el pretexto de salvar la democracia y la Constitución.

Una crisis de largo alcance

Agitación involutiva totalmente coherente, que además se ve facilitada por las continuas apelaciones de muchos demócratas en el sentido de que pronto o tarde la democracia española podrá salir de la crisis congénita con la que ha nacido. El continuo y reiterado mantis práctico a estas previsiones teóricas, "después del Estatuto, la paz", o "democracia como paso hacia el Mercado Común", alimenta esta propaganda antidemocrática.

Aquí nadie entiende o quiere entender que la inestabilidad en la que vivimos va a ser una crisis de muy largo alcance. Existen todas las razones para que no pueda existir estabilidad de ningún tipo, quedando como remedio únicamente la posibilidad de reducir sus consecuencias o repercusiones negativas. Nadie señala que estamos insertos en una grave crisis de todo el sistema capitalista mundial, que no ha hecho más que comenzar. Todo lo más se indica que hay que sacrificarse intentando que sean nuevamente las capas populares las que carguen con todo el peso de la crisis económica con el pretexto del peligro involutivo. Parece que entre líneas se dice: o lo aceptan por las buenas (Plan Económico gubernamental con democracia) o por las malas (el mismo Plan con dictadura).

Sin comprender que este mismo Plan es en sí un factor permanente de inestabilidad porque incrementa y agudiza la lucha de clases. Ni la conflictividad social ni la depre-

EL EQUILIBRIO DE LA INESTABILIDAD

FERNANDO LOPEZ AGUDIN



Adolfo Suárez, expresión política del difícil equilibrio en que nos encontramos.

EL EQUILIBRIO DE LA INESTABILIDAD

sión económica tienen arreglo en tanto y cuanto esta crisis global del sistema siga desarrollándose ampliamente. Todos estos fenómenos críticos, que no hacen más que expresar el decaimiento económico, no sólo no van a ser eliminados, sino que, por el contrario, van a crecer. Y la imposibilidad de ni siquiera elaborar una salida superadora del sistema que padezcamos, que es lo que subyace en la actual impotencia de la izquierda, es otro factor de inestabilidad.

Sin olvidar que el mismo proceso reformista que vivimos es quizá uno de los factores más importantes de desequilibrio de los numerosos que existen. La imposibilidad de reformar la Administración o los aparatos estatales incide de lleno, por ejemplo, en un sentido negativo a la hora de intentar sanear la economía o combatir adecuadamente el terrorismo. La inexistencia de una Administración democrática y de un aparato de Estado neutral condiciona de un modo alarmante nuestras perspectivas.

Una política sin alternativa

Y lo más preocupante de esto es que esta política gubernamental, generadora de desequilibrios cotidianamente, no tiene alternativa viable ni por su derecha ni por su izquierda. Las elecciones legislativas de marzo borraron la que hubiera podido existir a "sinistra", y las municipales de abril la que hubiera podido haber a "diestra". Ni un programa democrático de los tres grandes partidos parlamentarios ni una línea de centro-derecha.

Por otra parte, nuestra geopolítica también nos condena a la inestabilidad. Los mismos factores internacionales que imposibilitan una alternativa involutiva, hoy no bien vista en el mundo occidental, cortan el paso a una estrategia democrática de amplia base social, que pudiera aglutinarse en bloques

programáticos de carácter democrático. No hay en toda nuestra derecha, ni lo ha habido nunca, nadie que tuviese la visión de Estado y que encarnase la posibilidad de hacer una nueva política, como intentó Aldo Moro. Su trágico final, además, no ayuda en nada a alumbrar este nuevo tipo de política en el terreno de la derecha democrática.

Todo lo más que hay al alcance de la mano son correcciones o matizaciones de la única política existente en la actualidad. Bien bajo forma de compromisos de legislatura o Gobierno de coalición — pactos abiertos o cerrados — se encierra la única posibilidad de matizar lo que hoy se hace desde el palacio de la Moncloa. Sin que ello suponga, obvio es decirlo, ningún cambio sustancial en la política ni en la disminución de la gravedad de las diversas crisis que nos aquejan.

Buena prueba de que estamos delante de una política sin alternativa es cómo los dos grandes partidos de la izquierda hace tiempo que gradualmente han dejado de hablar de la alternativa de poder o de los Gobiernos de concentración. Por unos u otros factores, estamos condenados a padecer una políti-

ca que carece de alternativa realmente viable.

Un hombre sin recambio

Fiel reflejo de esta insólita situación es que simultáneamente nos encontramos con un presidente de Gobierno sin recambio. Adolfo Suárez es la expresión política de este difícil equilibrio de la inestabilidad en el que nos encontramos. Su permanencia en el poder, y sobre todo su insustituibilidad es la traducción política de ese empate que existe en la actualidad entre la derecha y la izquierda. Más allá sería un primer paso abierto o camuflado hacia la perspectiva involucionista y más acá sería también un primer paso hacia la democratización en profundidad de la sociedad española.

Al ser el punto de equilibrio de esta general inestabilidad, es, con toda lógica política, el principal blanco de ataques personales de todo el amplio frente impopular de la involución. No deja de ser curioso que sea la extrema derecha, y no las fuerzas democráticas y de izquierda, las que diariamente hagan referencia al pasado político de Adolfo Suárez, pretendiendo con ello no sólo invalidarle personalmente, sino devaluar

a la vez un sistema democrático bastante devaluado.

Es todo un síntoma de la crisis que sea la extrema derecha la que realice una crítica personal y la izquierda quien olvide este plano para centrarse en una crítica política.

Ocurre con su persona lo que sucede con su política. No hay alternativa personal al actual presidente de Gobierno. No es que ya constitucionalmente no sea posible encontrar a alguien que le sustituya, sino que la izquierda o la derecha considerarían un "casus belli" su destitución en la actual situación, porque equivaldría a desmontar uno de los pocos puntos de apoyo de este equilibrio de la inestabilidad permanente. Tal y como estamos en estos momentos, no hay recambio para Adolfo Suárez. Una parte de la izquierda, como una parte de la derecha, todo lo más podrá acompañarle en sus tareas de gobierno, pero no sustituirle, y mucho menos colaborar en su reemplazo.

Y es que en la Historia, lo indoloro se paga antes o después con dolores multiplicados. La derrota de la ruptura política, en el momento de la transición, la está pagando todavía — y mucho más que lo va a pagar — la sociedad española. Nunca, ni social ni políticamente, se pudo concebir una evolución rectilínea, una serie de conquistas sucesivas y graduales, que no estuviese cortada o separada por cruces o bifurcaciones en forma de ruptura. Ejemplo bien elocuente de ello es el peculiar momento por el que atraviesa nuestro país, metido de cabeza en un auténtico callejón sin salida. No sin razón, las metáforas biológicas y orgánicas aparecen o son utilizadas machaconamente cuando se describen o analizan cambios políticos o sociales. Se trata de una totalidad política o social que "da a luz" o "pare" una totalidad orgánica de nuevo tipo que llevan en ellas, pero que no expulsan sin dolor o ruptura. ■

